El Bobo de Abela en la Isla del doctor Castro

Ricardo González Alfonso

Si el humor y la política fueran líneas paralelas —algo improbable—, romperían las leyes de la Física y convergerían en un punto: Cuba. Es más, teniendo en cuenta la idiosincrasia cubana, su gracia y desgracias, algún émulo de Einstein podría proponer la siguiente fórmula: el espacio de las masas es igual al tiempo reído.

Por supuesto, una variante altera el planteamiento: la de la censura. Ésta, según los especialistas, puede ser de dos clases: mala... o peor. Pero variantes aparte —o incluidas—, los ejemplos que confirman la fórmula arriba expuesta son muchos. Basta con el del Bobo, creación del caricaturista y pintor Eduardo Abela (1891-1965).

El personaje, que de tonto no tenía un pelo y era tan popular como satírico, nació en las columnas de *La Semana* entre 1925 y 1926. En un principio representaba la picaresca criolla. Después se politizó. Fue entonces cuando fustigó al dictador Gerardo Machado hasta que éste, debido a presiones internas y externas, huyó a las Bahamas el 12 de agosto de 1933. Pero antes el Bobo fue expulsado de la prensa varias veces, durante dos o tres semanas. Sin embargo, Abela no fue condenado por propaganda enemiga, ni por desacato a ninguna figura mínima o máxima. La censura de entonces era solo eso: mala.

El Bobo, acompañado a veces por su ahijado, por un profesor o por ambos, y valiéndose de una serie de ingeniosas claves —como la de una banderita cubana—, estableció una relación de complicidad entre el humorista y los lectores en la cual el régimen imperante era sentenciado a la burla perpetua.

Actualmente muchos disidentes aseguran que si el Bobo renaciera en un periódico como *Juventud Rebelde* (¡vaya eufemismo!), los lectores andarían de risa en risa (y el autor de reja en reja). No resulta superfluo recordar algunos de aquellos chistes trasladándolos al presente:

Después de una amnistía aparecen en el diario *Información,* el 5 de enero de 1932, el Bobo, su ahijado y el Profesor. Se establece el siguiente diálogo:

—Parece que los presos políticos van a disfrutar de libertad...

—¿Y nosotros?

Muchas de las caricaturas del Bobo fueron publicadas en el *Diario de la Marina.* Allí —y en el cielo—, varias veces se produjeron encuentros entre nuestro personaje y José Martí. El 15 de octubre de 1932, el Apóstol pregunta al Bobo:

—Pero, ¿cómo ha sido eso? Si yo dejé dicho que la República debía ser con todos y para todos...

—Ah, pero... ¿usted dijo para todos?

(Ya se podrá imaginar estas palabras en La Habana actual, donde los hoteles se pagan en divisas).

Del mismo rotativo son las que siguen («En el bulevar habanero»):

—Tal parece que estamos en los cafés al aire libre de París.

—Sí, los cafés son iguales. La única diferencia está en el aire.

O la estampa «Esto marcha», ideal para disfrutar después de ver los resultados de proyectos como el Cordón de La Habana, La Zafra de los Diez Millones o los planes genéticos en la ganadería. El Bobo está sentado en el muro del malecón capitalino y observa el vuelo de varios aviones. Exclama entonces: «¡No hay dudas de que nuestro porvenir está en el aire!».

En otra ocasión se encuentran en la calle el Profesor y el Bobo:

—Es decir, que ya todo el mundo está en la oposición.

—¡Hombre, todos no! Falta uno...

16 días después de la fuga de Gerardo Machado, el Bobo y su ahijado conversan:

—La Revolución, padrino, ¿se sabe ya qué dirección lleva?

—Un momento, hijito, la estamos buscando en la Guía.

Habría que figurarse diálogos similares en los años sesenta, con la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, o durante las broncas contra los chinos o los soviéticos. O en los setenta, cuando los «gusanos» se convirtieron en «mariposas». O en los ochenta, cuando aquello de «¡Ahora sí vamos a construir el socialismo!». O en los noventa, cuando se reformó la Constitución para aprobar la inversión extranjera y se despenalizó el dólar.

No sé qué opinará el lector, pero para quien vive y escribe actualmente en Cuba —donde la censura no es la mala, sino la otra—, es mejor, por si acaso, hacerse el Bobo.